

### “DESDE EL ANDÉN”

Amanecía, un rayo de luz se deslizaba silencioso por la ventana acariciando su rostro dándole los buenos días, abrió los ojos, unas lágrimas recorrieron lentamente sus mejillas, se encontraba perdida, sin ilusión, haciendo un enorme esfuerzo por vivir. El canto de un pajarillo en su ventana le trajo de nuevo a la realidad. Hacía varios días que habían quedado en la estación de tren de su pequeño pueblo, ella y su amante, pero él no apareció, ni una llamada, ninguna explicación, se sintió rechazada, abandonada. Con paso lento pero firme, se dirigió a prepararse un café, el olor embriagaba toda la estancia, por un momento le vino el recuerdo de aquél primer café que tomó con él en aquel despacho, una leve sonrisa se dibujó en sus labios, lentamente movía el café con la cucharita haciendo un tintineo que la transportaba a aquellos momentos tan felices. Se levantó, miró de un lado hacia otro como queriendo retener todo en su mente, salió de la cocina y se dirigió hacia el dormitorio para cambiarse de ropa. Una vez vestida para el viaje, hizo su pequeña maleta, la dejó abierta, aún quedaban cosas que guardar, salió de la casa y caminó dirección a la estación que se encontraba a dos kilómetros de su casa. Caminaba por un precioso bosque de pinos y eucaliptos hasta llegar a una hermosa pradera verde, un pequeño camino la atravesaba, y al fondo, la estación. Desde el andén, de pie, con la mirada triste buscaba un rayito de esperanza, su corazón palpitaba aceleradamente, pero no, no vino. Apacible y tranquila, veía pasar los trenes, como los días por su vida, iban y venían, bajaban y entraban pasajeros de sus vagones, sus días eran como los pasajeros, cada uno diferente.

Esa mañana, al despertarse, de sus ojos ya no brotaron lágrimas, como cada día hizo el mismo recorrido, esta vez, para no volver jamás.

Subió al tren que la llevaría de vuelta a su hogar donde había dejado a su marido y dos hijos. Mientras viajaba sentada junto a la ventanilla de aquél vagón, su mente divagaba recordando su último día junto a él...-“Te quiero Marina, voy a dejarlo todo, quiero que tú hagas lo mismo y nos encontraremos dentro de dos días en la estación de la casa del pueblo”-.

Esa casa la había heredado Marina de sus padres, pues ella vivía desde que se casó en la ciudad, a seiscientos kilómetros de allí.

No hubo ninguna llamada, ninguna explicación, eso la martirizaba, se decía a sí misma: -¡Cómo he podido ser tan ingenua! ¡Cómo he confiado en él, con lo cobarde que es! – ¡Mentiroso, cobarde, canalla...!- Sin darse cuenta lo estaba diciendo en voz alta, no quiso mirar a su alrededor, se sintió observada, sus mejillas le ardían de vergüenza. Siguió mirando por la ventanilla, el paisaje era precioso, el cielo azul terminaba uniéndose a las montañas, a lo lejos, árboles, flores, campos dorados, distintos tipos de tierras, amarillas, rojizas, riachuelos que corrían dejando atrás las piedras en el fondo. De pronto, le vino una idea a la mente, se dijo a sí misma: -¡Seré como el río, dejaré atrás lo ocurrido y empezaré de nuevo, cada día, uno nuevo, lo lograré, sé que puedo, me costará, pero lo conseguiré!- Una profunda tranquilidad recorrió todo su ser, el corazón latía mas despacio, la respiración se hizo mas sosegada, y la mirada más intensa.

Llegó a la estación de su ciudad, maleta en mano se dirigió a su casa, al abrir la puerta, su marido le dijo: - No te esperaba tan pronto ¿Has logrado vender la casa del pueblo? Marina le había dicho a su marido que se iba al pueblo para vender la casa, no se fiaba de Alfredo, no tenía muy claro que él dejara todo, pero aún así ella acudió. Marina contestó: -“No, no la he podido vender, quizás en otra ocasión”-. Aquella noche, a pesar de todo durmió sin temor, ya no tenía que preocuparse por aparentar, ni buscar momentos para ausentarse clandestinamente junto a Alfredo dejando atrás a sus hijos. Esos momentos la hacían sentirse muy mal, por quitarles momentos a sus niños y dárselos a él, no se lo merecía, pero no podía hacer otra cosa.

Tarde se dio cuenta, tuvo que ser él quien tras el abandono le llevara a la realidad de su vida. Un marido poco detallista, déspota, no sentía ningún cariño por ella, a ella no le afectaba, pues no le permitía ninguna falta de respeto y estaba mejor cuando él no se le acercaba. Llevaban ocho años sin relaciones, desde que nació su hijo pequeño.

Transcurrido unos cinco años, Marina se separó, ya su hijo era mayor para entender que sus padres estaban mejor separados. La relación era cordial, la economía ya estaba mejor para que no afectara a ambos. Marina siguió con su vida sin pareja, feliz y rodeada de personas maravillosas a su alrededor, las cuales mitigaron aquel abandono, nunca lo olvidó, pero aprendió a vivir con ello sin causarle dolor.